

Cinco reflexiones sobre la realidad cubana poscastrista

Pío E. Serrano

ANTE TODO QUISIERA DEJAR ESTABLECIDA UNA CONVENCION que ya asoma en el título de este trabajo. Asumo que al llamar a esta mesa “Cuba hacia el siglo XXI”, lo que se ha pretendido significar, en realidad, es “Cuba después de Castro”, si entendemos esta invocación al siglo venidero con el prestigio de progreso que toda nueva era encarna, como una referencia a un futuro novedoso, tentador a la vez que inquietante. Éste es el sentido en el que se inscriben las siguientes reflexiones.

Ocurre a veces que la ideación de futuro puede quedar amenazada por la contaminación de un deseo desatendido de la terca realidad, por la corrupción de un voluntarismo desasido de encarnadura vital alguna, por la distorsión de un sueño utópico secretado por un entusiasmo irreflexivo. De esta suerte de paroxismos ha sufrido reiteradamente la historia cubana. Sin embargo, una manera de evitar esta aberrada ideación de futuro sería que la misma se engendrara en el reconocimiento y la comprensión crítica del pasado en que se origina. Entendido así, toda futuridad tendría como plasma primordial una suma de sucedidos en la que se enraiza, un humus del que se alimenta, una cultura de la que proviene y una memoria para sacralizar o exorcizar. Al pensar el futuro cubano, pues, sería imprescindible referirse a un pasado que a largo plazo habría de extenderse hasta los polémicos orígenes de la nacionalidad cubana, o, cuando menos, al atribulado presente de cuatro décadas, éste que está siendo –presente continuo–, para deshacerse en puro pretérito en ese futuro –ojalá perfecto– que nos aguarda al doblar la década. Creo que así lo han entendido las ponencias de Marifeli Pérez-Stable y de Jesús Díaz. Por otra parte, desde la última década al menos, ya ha comenzado a corporeizarse un discurso crítico cuya preocupación fundamental es el desmantelamiento minucioso, y todavía

tentativo, felizmente polémico, de la lectura dominante y excluyente que ha privilegiado la interpretación histórica del país. Sin ser el objeto central de este trabajo, sólo he querido señalarlo porque considero que es el marco metodológico desde el cual es posible elaborar una eficaz ideación de futuro.

Es mi intención apuntar aquí algunas reflexiones en torno a cinco muy disímiles temas que, a mi entender, podrían incidir en ese territorio de nadie, en ese desierto de los tártaros que es el futuro de la nación cubana. Los dos primeros, la proyección del totalitarismo y su corolario fatal, el autoritarismo, abordados no ya como formas de acción política, sino como mecanismos definidores de una cultura. Los dos siguientes, considerados como dispositivos de valores contrapuestos, la nostalgia como corrupción de la memoria; y el humor, el choteo, como instrumento transgresor que pone en precario todo exceso de poder. Y, por último, la exposición de una sociedad civil fuerte y autónoma del poder político, capaz de servir de cuerpo moderador y corrector a las tentaciones maximalistas de los previsibles partidos políticos que habrán de gestionar la futura vida democrática de la nación.

TOTALITARISMO Y AUTORITARISMO

Los cubanos hemos vivido en sociedades en las que ha primado durante cuatro siglos la experiencia autoritaria de la sociedad colonial, a los que se suman los períodos republicanos políticamente autoritarios de Machado y el segundo mandato de Batista. Estas experiencias autoritarias habrían de ser superadas por las tres décadas de totalitarismo castrista, treinta años si aislamos el segmento que va desde 1959 a 1968, fecha ésta última en la que considero finalizó la revolución cubana, en lo que pudo tener de autonomía y de fervor popular, para dar paso a un proceso institucionalizador, rígido, de dependencia y de grisura, que ya nada tenía que ver con la espontaneidad de los primeros años. Sin embargo, al margen de la vida política, en su aspecto cultural, los cubanos hemos transitado en todo momento por sociedades con una fuerte vocación hegemónica. El discurso nacionalista siempre favoreció la concepción de una nación unitaria, unívoca y homogénea, donde el factor blanco-criollo-hispánico opacó, la existencia y consecuentemente la emergencia de otros factores diferenciadores. Uno de nuestros más grandes pensadores, don Fernando Ortiz, nos propuso como metáfora de la nación el “ajiacriollo”, o sea el plato emblemático donde se funden las variadas viandas que lo componen. De lo que se trataría en ese futuro hipotético es justamente de lo contrario, es decir, la descomposición de la síntesis en sus elementos primarios: la recuperación del goce integral de la diferencia, de la diversidad y de lo heterogéneo. El régimen actual ha sido magistral en la promoción, administración y usufructo de esa concepción unitaria, unívoca y homogénea de la nación cubana, pues a la tradicional concepción cultural dominante añadió la política excluyente.

El discurso totalitario de las últimas décadas ha sido tal que ha logrado fundir en una misma identidad semántica los conceptos de Nación, Estado, Patria y Partido único. La quebradura conceptual que esto significa ha provocado en

las nuevas generaciones un rechazo simétrico: el repudio al Estado totalitario ha conllevado al de la Nación; el repudio al Partido único ha arrastrado al de la Patria. Ésta será una de las fracturas que la Cuba poscastrista deberá afrontar.

Las décadas de régimen totalitario han conformado una clase dirigente alta e intermedia, diseminada en todas las esferas de la sociedad, únicamente validada por el ejercicio del poder vertical y cuya expresión máxima es el autoritarismo, y una de sus manifestaciones, no menos importante, ha sido el machismo, algo que nos acompañaba también desde otros tiempos. El autoritarismo ha engendrado una subcultura de la intolerancia, de la ignorancia del otro, que en su insolente conducta va más allá de la mera acción política para convertirse en una seña de identidad con la que, lamentablemente, habremos de lidiar después de Castro.

Sólo el ejercicio de la tolerancia y del respeto integral al otro nos allegará a una convivencia pacífica y democrática en la Cuba futura. Aprender a convivir en la diferencia será uno de los grandes retos que habremos de superar. “La nación es de todos” afirman con rotunda claridad Vladimiro Roca y sus amigos desde una cárcel en La Habana. Sin duda sueñan con la Cuba del siglo XXI.

LA NOSTALGIA

Confieso que la nostalgia entendida como una corrupción de la memoria es algo que me inquieta con respecto a la Cuba poscastrista. Sobre todo en ese segmento de la población, por suerte ya minoritario, que conoció el período épico de la revolución. Me temo que el feroz encontronazo entre la pugnaz realidad que evidencia la degradación de una utopía depauperada, aún no ha sido suficiente para borrar en algunos la fuente primera de sus entusiasmos. Para muchos de los que “hicieron la revolución” se trata de entregar las banderas no ya de una ideología, sino del sentido mismo de sus propias vidas, en fin de su frustrado proyecto existencial. La sociedad democrática y de libre mercado, sobre todo en un período de recuperación económica y de previsibles precariedades con respecto a los favores del Estado protector, podría sembrar un malestar que alimente los pasadizos secretos, los bifurcados senderos por donde transita la nostalgia. El infierno real, bien puede convertirse en paraíso perdido en la trama circular de una memoria aberrada. Por supuesto, no lo señalo como una amenaza para la Cuba democrática, sino, tan sólo como un malestar con el que habremos de convivir y tolerar.

EL HUMOR

Reivindico para el futuro cubano la permanencia y aún la promoción del humor y su expresión extrema, el choteo, como una forma corrosiva para moderar las tentaciones de cualquier tipo de poder. El humor en Cuba ha sido un instrumento transgresor de la solemnidad torva que aparenta profundidad, de lo espurio que se considera auténtico, de lo grotesco que se pretende trágico, de lo corrupto que se nos ofrece como inmaculado.

Creo que Jorge Mañach, representante de la alta cultura blanca-criolla-hispánica no pudo comprender el poderoso dispositivo corrector que implicaba

el choteo proveniente de los sectores marginales de la sociedad cubana. Carente de los rituales del discurso políticamente correcto, los marginales despliegan su propio ritual estentóreo, la mordaz escenificación de su discurso fragmentado y sagaz. El choteo, entendido como una retórica liberalizadora, es algo más que la renuencia al rigor, a la disciplina, a la seriedad y demás virtudes de una sociedad cívicamente sana; todo lo contrario, el choteo es el síntoma, la fiebre en el cuerpo social que señala un mal peor. El choteo, es, pues, la alarma de un sector de la sociedad que no se resigna y que, desengañado de respuestas trágicas, acude a la inteligente levedad de una resistencia que desnuda toda impostura.

Mucho me temo que en la Cuba del siglo XXI los cubanos habremos de necesitar aún de esta intuitiva, espontánea y popular estrategia de la resistencia.

LA SOCIEDAD CIVIL

Parto de la idea de que la sociedad civil cubana desarrollada en la década de los cincuenta al amparo de una extensa clase media ocupó un importante papel en la modernización y en el progreso de la isla. Ello a pesar de convivir con una dictadura que, precisamente, había estropeado el salto al ejercicio digno de la política –probablemente la más precaria de nuestras esferas sociales–, como se presagiaba con el ascenso al poder del Partido Ortodoxo. La dictadura de Batista, que durante un primer período buscó el reconocimiento social, sólo se enfrentó a las instituciones que representaban a la sociedad civil en los años más cruentos de la resistencia armada. Únicamente entonces fueron ferozmente desconocidas las prestigiosas voces de los Colegios de profesionales; las instituciones laicas y las religiosas; las asociaciones de empresarios, hacendados, comerciantes, colonos y empleados; los sindicatos.

La sociedad civil todavía sobreviviente en 1959 fue secuestrada primero, borrada y aniquilada después, para ser sustituida por las estructuras ortopédicas del régimen. Estamos ante una sociedad que ha vivido en una homogeneidad impuesta, donde la diferencia mata. La sociedad civil, por definición es plural y heterogénea. Todo lo contrario a los discursos desde el poder, siempre excluyentes y perfectamente tipificados: desde el falocentrismo de una sociedad machista, pasando por la importación de una doctrina extraña, el marxismo, hasta la desesperada implantación de un nacionalismo martiano apócrifo.

De lo que se trata, pues, en esta futuridad en la que navegamos, es de poner fin al Estado totalitario. Para ello será necesario reintegrar a la sociedad civil su papel protagónico. Retornar a la sociedad la alegría no programada, el goce incontaminado de su cuerpo, su libertad ilimitada de ideación.

Uno de los peligros del totalitarismo se encuentra en su concepción de la nación como ente definitivo, ciclo cerrado, inamovible culminación de la “astucia de la razón” hegeliana. Todo lo contrario, la nación deberá ser concebida como un territorio espiritual y material en continuo proceso de definición. Y ello sólo será posible gracias a los múltiples vectores que libremente confluyan en su suceder. Y estos vectores –cuerpo plural de la sociedad civil–, disímiles en

sus razas, en sus procedencias, en sus hablas, en sus placeres, en los límites de sus cuerpos, deberán ser los responsables principales en la formación de una nueva sociedad poliédrica.

Junto a la función administrativa y gerencial del Estado que tienen los partidos políticos desde su propia autonomía, la reconstitución de la sociedad civil está llamada a neutralizar y corregir la tentación de poder excesivo y excluyente que tienen estos mismos partidos políticos. En la armonía entre una sociedad civil verdaderamente autónoma y las legítimas aspiraciones de los partidos políticos descansa la garantía para poner fin a los discursos hegemónicos y dar paso a una nueva cultura de la diferencia.

